

.....

LIBRO SEGUNDO

DESDE EL 27 DE JUNIO DE 1791 HASTA 10 DE AGOSTO
DE 1792.

.....

CAPÍTULO PRIMERO.

§ I. Fuga del rey. — Su arresto en Varennes.
— Primera manifestacion del espíritu repu-
blicano.

La salida del rey estaba, difinitiva-
mente, resuelta, y la corte perseveraba
en el sistema, que habia adoptado. El
rey, en una carta á los enviados de los
soberanos de Europa, protestaba de su
adhesion á la constitucion, y pedia á la
asamblea nacional el castigo de los dia-

DE LA REVOLUCION FRANCESA. 269

ristas, que le calumniaban, anunciando,
su proxima fuga; al mismo tiempo todo
se preparaba para ponerla en ejecucion,
y se redactaba la famosa protesta contra
la constitucion á la que tantas veces el
monarca habia rendido homenaje.

En fin llegó el momento, en que el
rey, la reina, los infantes, y madama
Tourzel, dejaron el palacio por una
puerta falsa, y salieron de Paris con
pasaporte dado bajo un nombre su-
puesto; se dirigieron á Montmedy, en
donde Bouillé; á la cabeza de su ejer-
cito, los esperaba: este general; ardiente
revolucionario, se quedó en Francia,
unicamente, por proteger la fuga: eran
Breteuil, y él, quienes habian arre-
glado, y dispuesto todo para esta des-
graciada salida, y el rey no habia hecho
mas que ceder á sus consejos y los de su

familia. El 21 de junio, señalado por ellos para la ejecución del fatal proyecto, eligió el rey tres guardias de corps, que le acompañasen, en trages de lacayos, hasta Montmedy. Amas de esta debil escolta, Bouillé, á pretexto de conducir un convoy de viveres, para su ejército, puso en escalones destacamentos de caballeria sobre el camino del rey, afin de proteger su marcha; y Damas, Choisoul, Goguelat, y el hijo de Bouillé mandaban estos destacamentos. Habiendose tomado, malamente las medidas, Damas faltó algunas horas al rey, y, cuando quiso dirigirse sobre Varennes, á esperarle, la municipalidad de Clermont, sospechando sus disposiciones, le prohibió salir, sin que diese los motivos de su marcha. Damas insistió; pero sus husares le abandonaron, y huyó

solo, á galope, para unirse á los coches del rey. Los otros destacamentos no desempeñaron, tampoco, su deber; y sus movimientos simultaneos no hicieron, sino avivar mas las autoridades de las villas, y ciudades, por donde pasaban. Los oficiales, que se hallaban á la cabeza de estas tropas se impusieron unos, á otros las desgracias de la empresa, y se ignora, aun, quien merecio estas reconvenciones, en que no tiene interes la historia. Sea lo que quiera esta intriga fué mal meditada, y dirigida; ó la casualidad hizo, que se malograra.

El maestro de postas de Ste.Menehould, ^{22 junio} llamado Drouet, conoció al rey, á su paso por esta ciudad; pero no atreviéndose á detenerle él solo, se adelantó á Varennes, previno á las autoridades,

cerró con carros el puente, reunió la guardia nacional, y el pueblo; y preparó todo para evitar, que Luis X^o I pasase mas adelante. Cuando el rey entró en la ciudad, el procurador del ayuntamiento, Saulse, detuvo los coches, y pidió los pasaportes. La reina presentó el que se le habia dado, bajo el nombre de baronesa de Korff, y el procurador se negó á visarlo hasta el dia siguiente. Insistió la reina en marchar, inmediatamente; los guardias de corps, que la acompañaban, mandáron á los postillones, que pasasen, y, entónces, Drouet, amenazó que haria fuego sobre los coches. Oida esta amenaza se apeó el rey, dando la mano á los infantes, y la reina con madama Isabel, le siguiéron. Se fuéron juntos á casa del magistrado del pueblo, y el

rey empeño, con el, una conversacion familiar, que interumpia, muchas veces, pidiendo el permiso de continuar su viage: Saulse entretuvo al desgraciado principe, fingiendo no reconocerle, y escribió á la municipalidad de Clermont, que enviase, inmediatamente, tropas á Varennes, suficientes para conducirle á Paris. Se tocó á rebato en todas las aldeas, y los guardias nacionales se juntáron. Mientras estos preparativos, muchos destacamentos de dragones, y husares llegaron, sucesivamente, á Varennes, y sus gefes quisieron atacar al pueblo, para libertar al rey; pero los guardias nacionales se sostuviéron firmes, y serenos. Goguelat fué herido en la espalda de un pistoletazo, y sus soldados se uniéron al pueblo, gritando, ¡viva la nacion! Goguelat, y Damas se presentáron al

rey, y le digéron que estaba preso. El rey, y su familia consternados con esta noticia triste, suplicáron á los que los rodeaban, que protegiésen su fuga. Se negáron, obstinadamente, y les advirtiéron al mismo tiempo, que iban á conducirlos á Paris. Ya se deliberaba sobre las medidas, que debian tomarse para su vuelta, cuando la llegada de un edecan de Lafayette llamado Romœuf, portador de las ordenes de la asamblea, puso fin á la irresolucion, y se tomó el camino de la capital. Las guardias nacionales de los alrededores, los habitantes de villas, y Aldeas rodeaban los coches, y Drouet, triunfante, seguia aclamado por la multitud.

Cuando reconocieron á Romœuf perdiéron el rey, y la reina toda esperanza, y viéron que la fuerza no estaba

ya de su parte, porque habian contado, para facilitar la evasion, mas bien con la anarquía de Paris, que con sus propias precauciones; que! Lafayette nos va á prender! ; Como es que el pueblo de Paris no nos ha libertado de él! Dijo la reina admirandose; pero el teson de la asamblea, y firme atitud de los Parisienses frustráron todos los proyectos de los privilegiados, y reuniéron, como nunca, á un solo interes, los amigos de la libertad.

Una grande consternacion se manifestó, inmediatamente, en Paris con la noticia de la salida del rey. El pueblo se creyó vendido, y Lafayette, Bailly, y Gouvion, segundo de Lafayette, fuéron los primeros, sobre que, recayeron las sospechas; pero, á pesar de la inquietud general, todas las miradas se dirigieron

hacia la asamblea nacional, y esperaron sus decisiones con impaciencia.

En tan memorables circunstancias, el deseo publico se pronunció con tal fuerza, y la atitud de la asamblea fué tan magestuosa é imponente, que los aristócratas no se atrevieron á levantar la voz, y quedaron, enteramente, pasivos. La asamblea se ocupó de todo con calma, y dignidad, sin la menor apariencia de miedo, ni arrepentimiento. Se apoderó, provisionalmente, de todos los poderes; mandó, que sus decretos tuviesen, fuerza de ley, sin sancion, mientras la ausencia del rey; encargó á los ministros su ejecucion é hizo poner el sello del estado á sus nuevas órdenes. Dirigió una proclama al pueblo, reclamando su confianza; envió á los cuarteles comisarios,

que velasen, por el mantenimiento del orden; oyó la relacion, que le hicieron de la tranquilidad de la capital; mandó ir á la barra á Lafayette, Gouvion, y Bailly; recibió sus deposiciones, y reconoció su inocencia; dió, sucesivamente, sus órdenes á los ministros; se aseguró, que el tesoro real contenia bastantes fondos, para continuar los pagos; y, despues de haber oido con frialdad la lectura de una larga protesta del rey, pasó, sin alterarse, á la orden del dia, y discutió, tranquilamente, muchos artículos del código penal, con aclamaciones de la multitud.

De este modo se hallaba la asamblea investida de todos los poderes; ausente el rey, todo marchaba como anteriormente, sin que esta mudanza ocasionase agitacion alguna, ni desgracia: ¿porque

pues, preguntó el pueblo, mantener un poder inútil? ¿Porque dar treinta millones á un nombre cuya ausencia, apenas, se repara? y por la primera vez, la idea de la republica pasó de la cabeza de algunos filosofos á la opinion general. Por la primera vez conoció el pueblo, que en la gran maquina, llamada monarquía, en la que todo se hace á nombre del rey, el individuo, que lleva este título, es, muchas veces, mas extraño al gobierno, que los mas superficiales agentes de la administracion. Estas reflexiones, que procedian del acontecimiento, no pudieron tomar consistencia, sin peligro.

La declaracion de Luis XVI, sobre todo, agrió los espíritus, y animó al pueblo contra este desgraciado monarca; era, efectivamente, una sátira mordaz, algunas veces justa, y muchas exage-

rada, contra la constitucion, que el pueblo se acordaba, haber jurado y aceptado, voluntariamente, el mismo Luis. Expuso en vano este principe su falta de libertad, pues este alegato se encontraba, materialmente, refutado por las ocasiones en que, sin ser violentado, dió pasos, que manifestaban su adhesion al nuevo órden de cosas.

Se quejaba de la insuficiencia de su lista civil, fijada, por el mismo, á treinta millones, suma enorme, en el estado de embarazo, en que se hallaba la hacienda; se quejaba de la incomodidad de su habitacion en el palacio de Tullerias, y estos dos agravios estaban tan poco fundados, y eran de tan poca importancia, que destruian el efecto de la declaracion. En fin, diciendo, que pensaba volver á ver la Francia, y Paris,

indicaba, claramente, que iba á buscar un asilo en medio de los emigrados, y tropas extranjeras, y revelaba, cuan ilusoria era su promesa de dar una sabia libertad á la patria.

Ademas, esta declaracion, sobre la que la asamblea habia guardado silencio, era, á los ojos del pueblo, una prueba de falta de sinceridad en el monarca, y excitó una indignación general, difícil de pintar. El nombre de rey, y sus armas fuéron borrados de todos los carteles, tiendas, teatros, y otros puntos, en donde se encontraban colocados. Este movimiento se hizo con calma, sin cometerse la menor violencia. En todas partes se designaba á Luis XVI por los epítetos mas injuriosos. Se decia en alta voz, que la nacion ganaba treinta millones en su desercion; pero, es de notar,

que los partidarios del duque de Orléans calláron, sin atreverse, en este momento favorable, á pensar su elevacion al trono. La opinion del pueblo estaba demasiado firme, y pronunciada, y no pudieron menos de unirse á los republicanos, cuando toda la Francia estaba por ellos. La Francia se inclinaba á este partido. Se dice, que la defeccion de Luis XVI habia disgustado á todo el reino, y que si la asamblea huviese proclamado, entónces, la república, no hubiera encontrado resistencia alguna, pues el gobierno constitucional, enteramente, organizado, hubiera dejádo en sus manos una fuerza terrible. Tomando esta medida se hubiera, á caso, salvado el desgraciado Luis XVI, y, al mismo tiempo, se hubieran evitado infinidad de crímenes, y desgracias